

**IMPORTANTE:**

### Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

**IMPORTANTE:**

### A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,  
Diarlos, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 235

50 cts.



**MIGUELITA**

POR  
**SALLY O'NEIL**

**FilmoTeca**  
de Catalunya  
NÚMERO EXTRAORDINARIO

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12  
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 235

---

## MIGUELITA

Finísima comedia americana, interpretada bajo el siguiente reparto:

Miguelita . . . . .	SALLY O'NEIL
Moore . . . . .	William Haines
El padre de Miguelita. . .	Charles Murray
Schmaltz . . . . .	Ford Sterling
Saúl . . . . .	Frankie Darro
Terencio . . . . .	Junior Cughlan
Soledad . . . . .	Muriel Frances Dana

8

### Metro Goldwyn Pictures

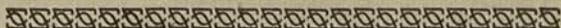
Exclusiva de

### METRO-GOLDWYN CORPORATION

Mallorca, 1 - BARCELONA

---

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
NATHALIE KOVANKO



# MIGUELITA

## Argumento de la película

¡Miguelita! ¡Miguelita!

A lo mejor se creen ustedes que este nombre corresponde al de una mujercita encantadora que sueña con el novio desconocido.

Pues no acertaron ustedes, no. Porque Miguelita no sueña, sino que está muy preocupada por la realidad.

Miguelita es, por decirlo así, una mezcla de cabeza de familia y de ama de casa. Todo ello a pesar de no tener más de diez y ocho años.

Miguelita tiene el carácter de un enérgico varón y el corazoncito de una hembra sublime.

Y es que Miguelita, aunque soltera, es madre.

¿Cómo?...

Bueno; no alarmarse. Es madre en el mejor sentido de la palabra. Se ha convertido en tal, para sus hermanitos, desde que perdieron a la suya.

¡Ah!

La carga que se ha impuesto no es leve. ¡No, por Dios!

Son tres los pequeños de que debe cuidar, y los tres, dos niños y una niña, Terencio, Saúl y Soledad, respectivamente, parecen estar emparentados con el demonio más travieso.

Pero el peso de sus hermanitos no es nada comparado con el que representa el padre de todos, el señor Matías, buenazo en el fondo y en la superficie, y muy apegado al trabajo... y a su incorregible vicio de la bebida.

Miguelita, alma y cerebro de su hogar, se ha erigido en tirano de todos, consiguiendo el cariño general, corroborándose, con ella, el que no nos es posible dejar de querer a quien nos quiere...

Sus hermanitos la temen, y su padre también; mas ese temor es una prueba magnífica de afecto, por cuanto significa que se

anda con sumo cuidado para no disgustarla...

¿Recordáis, los que hoy sois mayorcitos, y los que aún estáis cosidos a las faldas de



*Miguelita, alma y cerebro de su hogar, se ha erigido en tirano de todos...*

vuestra madre, esos momentos desagradables en que habéis causado algún pesar a vuestra estrella de luz maravillosa? Ella

os afeó vuestro proceder, y vosotros, enojados, le contestásteis destempladamente, creyendo que no os amaba. Pasaron unos segundos... y luego, convencidos de que cometisteis una ligereza, os acercásteis a vuestra madre, mirándola con ojos entristecidos. ¿Recordáis que ella os sonrió, pronunciando, para disimular su contento, alguna que otra frase de reproche, para insistir en demostraros que fuisteis pecadores; y que os abrió sus brazos para acogeros en ellos y besaros con alegría?

Quedamos, pues, en que temer a una madre es amarla, y que esta opinión se puede aplicar, en su caso especial, a Miguelita.

Ya hemos simpatizado con nuestra heroína, y, por ser chiquillos, con sus tres hermanos.

Vayamos por los otros.

El padre de Miguelita, sobrestante de ferrocarriles, cuenta alrededor, muy alrededor, de los sesenta y cinco. Se pasa la vida trabajando en la línea, en constantes reparaciones, trayendo y llevando materiales y carga en un convoy especial. Siempre que se impone un cambio de residencia, sus

hijos le acompañan, viajando en un vagón que es una casita completa, la cual, desenganchando del resto del tren el vagón que la sostiene, queda, cada vez, depositada en un apartadero, libre de peligros en la vía muerta.

Don Matías tiene su segundo, el capataz Schmatz, un hombre modelo, exceptuando su tipo y la misma afición a la bebida que su inseparable amigo.

El día en que tan simpáticos mortales se presentan ante nuestros ojos, complacidos de que les conozcamos, el convoy de servicio de la Compañía se dirige a una pequeña estación para la prolongación de una vía.

Es sábado, y día 15. Podía ser viernes y 13. Para el caso no importa. Pero sí. Se me olvidaba. Es sábado. Y como es sábado, Miguelita, separándose bruscamente de su padre y de Schmatz, que están sentados sobre sendas enormes piedras cargadas en un vagón descubierto, se introduce en su casita, situada sobre el vagón inmediato a aquél.

—¿Qué le sucederá a tu hija, Matías, que

se evapora de esa manera, a lo Frégoli?—pregúntale a su amigo el capataz.

—Puede que le haya dado un cólico—contesta el sobrestante, por contestar algo.

—No digo que no. Y, ¿qué te parece, habrá llegado a tiempo?...

—No seas bruto, Schmatz. ¿No sabes que hoy es sábado y día 15?

—Claro que lo sé. Como que estoy esperando la paga como quien no ha cobrado nunca.

—Y yo, Schmatz.

—Lo que lo vamos a celebrar, ¿eh?

—No levantes la voz.

—Pero, ¿tu hija, cobra también?

—No, zoquete. No ha desaparecido para hacer la relación de la semana, por mi cuenta, sino para dar un baño a los pequeños. Dos veces al mes. El 15 y el 30. Matemático.

—Tu hija es un cronómetro.

—Es una alhaja, Schmatz. Está en todo. Como estamos próximos a llegar al viaducto, donde el tren se detendrá para hacer agua, se debe preparar para sumergir a los niños en el agua, con su procedimiento pa-

tentado: una cuerda de confianza con un lazo a su extremo inferior, donde se sientan, atados, los chiquillos, reduciéndolo cada uno a sus necesidades, y agarrándose, naturalmente, al resto de la cuerda.

En efecto, Miguelita, en el interior de la casa portátil, avisa a sus hermanitos para que estén prontos para refrescarse.

Y entretanto, los dos amigos, sentándose en la misma piedra, frente al camino que el tren devora insaciablemente, nos descubren que cada uno de ellos lleva en el bolsillo-revolvera una botella de "wiskey".

El tren se ha detenido ya, y Miguelita, que ha hecho desnudar a sus hermanitos, se dispone a bañarlos uno por uno... El turno número uno le corresponde a Terencio, que recibe una impresión muy agradable al zambullirse en el agua del río. El turno número dos pertenece a Saúl, y el tres a Soledad.

Los niños son traviosos y algunos de ellos más que eso. Era el caso de Terencio y Saúl, los cuales, mientras su hermanita es bajada por Miguelita al agua, por medio del ascensor de su invención, se complacen

en estirar la cuerda, agitándola para oír los gritos de protesta de Soledad, que le tiene mucho temor al agua.

El juego de los chiquillos dura poco, pero ese tiempo ha bastado para que, involuntariamente por parte de los muchachos, ocurra una desgracia: el lazo de la cuerda sobre el que está sentada la niña, al ser levantado por los niños, que tiran de la cuerda, despidе a Soledad, que desaparece instantáneamente en el agua, para reaparecer luego y volver a desaparecer.

Los niños gritan, llenos de remordimientos, y Miguelita, que no sabe cómo auxiliar a su hermanita, se desespera tendiéndole en vano sus manos desde la puerta de la casita del vagón.

Por fortuna, cerca de allí, en la orilla del río, un joven, Hernando Moore, estaba meditando sobre su apurada situación... Aunque inocente, vióse condenado a presidio, lo que lo marcó con un estigma que le imposibilita el conseguir trabajo.

Moore ha visto caer a la niña, y dispuesto a salvarla se arroja al río al momento, alcanzándola a grandes brazadas, y

pudiendo al poco devolvérsela a Miguelita, sana y salva.

Miguelita, cuyos ojos se han anegado en lágrimas, contempla admirada a Moore, y al recibir el cuerpo de su hermanita de manos de él, le murmura, llena de gratitud y apretando contra su corazón a Soledad:

—Le ha salvado usted la vida, señor, y no lo olvidaremos nunca... y mucho celebraríamos que nos hiciera usted una visita.

—Eso no tiene importancia, señorita... — responde Moore, satisfecho de haber hecho una buena acción que le ha valido la simpatía de la cariñosa desconocida.

Por su gusto, Miguelita continuaría en plática con Moore, pero desde la cabeza del tren le hacen seña de que el convoy va a partir, y se ve obligada a despedirse.

Y pasan dos días más, y después de una semana de rudo trabajo en la vía férrea, el furgón en que viven Miguelita y su familia pasa al apartadero de Peñarroja, donde se convierte en lo que ya sabemos es: una casita, sobre los rieles, atrancada en ellos por reforzados puntos de apoyo, pues el terreno está en pronunciada pendiente.

Miguelita y sus hermanitos se ponen al trabajo inmediatamente, para transformar el vagón en casita, sin que le falte nada.

En el tejado la nota saliente de una chimenea, reclinada sobre el mismo durante el camino, indica a claras luces que aquéllo es un hogar.

Pero una de las primeras operaciones a que se libran los chiquillos es la de dar libertad a "Pepe" y "Relámpago", un pato y un perro, respectivamente, ídolos de aquéllos. Terencio está tan enamorado de su can, que no lo cambiaría por nada del mundo, y lo cree tan talentado, que aunque no ejecute los ejercicios que él le ordena, su imaginación le hace ver lo contrario. Es casi una adoración la suya.

—¡No hay mejor perro que este! — suele decir, acariciándole.

Después del humanitario gesto dispensado a los animales, Terencio ayuda a Miguelita a instalar la casita. En un santiamén prepara la bomba de agua e instala el telégrafo.

Miguelita, apenas los hilos han sido em-

palmados por Terencio, llama a la estación central de la línea.

El telegrafista que recibe la comunicación dice al jefe que está a su lado:

—Miguelita pregunta si hay algún recado para su padre.

El jefe hace un signo negativo, y Miguelita al recibir la respuesta, celebra que todo funcione bien y prepárase a condimentar los alimentos elegidos para la comida de mediodía.

\*  
\*\*

Terencio, en tanto, se ha reunido con su perro y se lo presenta al factor de Peñarroja, un buen viejo que ha encanecido al servicio de la Compañía.

—Mi perro es tan sabio como el primero, y ahora va a dar cuatro vueltas de campana y a quedarse parado en la cola.

—Me gustará verlo...

—Hay que fijarse mucho, porque lo hace tan de prisa, que casi no se le ve. ¡Venga de ahí, "Relámpago"! ¡Ocho vueltas de campana! ¡A la una, a las dos... a las tres!

El perro no se ha movido, limitándose tan sólo a abrir la boca.

A pesar de ello, Terencio, encantado de su leal amigo, le dedica elogios calurosos delante del factor.

—¿Ha visto usted un animal más inteligente?

El factor no sabe qué responder. ¡Pero si el perro no ha hecho nada de particular!

—¡Can más bueno que este no le hay!— añade Terencio.

El factor comprende la ilusión del muchacho, y prefiere fingir que ha visto las ocho vueltas de campana, nada menos, y comenta, sonriente:

—¡Todavía le hemos de ver hecho un diputado!

Por su lado, Miguelita no se da punto de reposo. Está en la cocina y está en todas partes. A Saúl le duele horriblemente una muela, y para que no sufra, ella idea un medio de extracción fulminante.

—Abre la boca — le dice al niño.

—¿Qué me vas a hacer?

—Cállate y verás. El fin justifica los me-

dios... Abre la boca, demonio... Así... ¿Lo ves?... Un bramante atado a la muela, y a esperar el paso del tren... No te muevas de ese árbol.

Con rapidez, Miguelita escribe una nota, la ata al extremo libre del cordel, y cuando pasa el tren arroja dicha nota, unida a una piedra y al bramante, al ambulante de correos; y cuando éste apodérase de todo ello, Saúl da con su retaguardia en tierra, pero la muela infame ha volado, que es lo que se trataba de demostrar.

En la nota de Miguelita leía en aquellos momentos, el ambulante:

“Gracias por haber servido de dentista. Guárdese la muela para un alfiler de corbata.

Miguelita.

Después de todos esos acontecimientos más o menos interesantes, llega a Peñarroja un joven a quien Miguelita no ha podido olvidar. Es Moore. Lleva su hatillo auestas. Le acaban de decir que el señor Matías es el jefe, y se aproxima a él para hablarle.

—¿Podría usted darme trabajo? — le pregunta.

El sobrestante no necesita, urgentemente, a nadie... pero surge Miguelita, que ha visto con alegría a Moore, y éste tiene en ella, que le ha saludado cariñosamente, una valiosa recomendación.

—Es el que salvó ayer a Soledad — dice ella a su padre.

—¡Ah! ¿Usted? ¡Muchas gracias, amigo mio, muchas gracias! — apresúrase a decirle a Moore el señor Matías, estrechándole la mano con efusión.

—Dale trabajo, papá — añade Miguelita.

El señor Matías accede, por gratitud y por simpatía.

—Que lo ponga Schmaltz a trabajar.

Y sin explicarse por qué, Miguelita, al saber que Moore va a quedarse allí, a pocos pasos suyos, siente que su corazón se llena de una alegría más intensa que nunca...

Moore, por su parte, bendice la ocasión de haber salvado al vida a Soledad...

... ..

Los sábados por la noche es de rigor

que el padre de Miguelita eche una cana al aire.

Miguelita no se olvida nunca de ello, y este sábado, al disponerse a salir de su casita, le hace advertencias severísimas en el fondo:

—Te dejo contándoles cuentos a los niños, pero, mientras yo voy a buscar leche, ¡cuidadito con escaparte con Schmaltz!

—¡Quita, mujer, quita! Ya sabes que...

—Sí, ya sé que...

—No, no.

—Sí, sí.

Miguelita sale de su casa, y al poco, Schmaltz, que la ha estado espiando, silba a su amigo, para que se le reúna.

El señor Matías, al oír el aviso del capataz, cesa en el acto en sus historias, y se viste precipitadamente, desoyendo las recriminaciones de los chiquillos, que le recuerdan las amenazas de Miguelita.

Al regresar a su casa, Miguelita encuentra a su paso a Moore, que estaba deseando verla.

—Buenas noches, Miguelita...

—Buenas noches, Moore...

—¿Me permite que la acompañe?

—¿Va usted hacia ese lado?

—Voy a donde vaya usted.

—¿Se siente usted aburrido?

—A veces, sí... pero otras veces... Deme usted el cubo; se lo llevaré hasta su casa.

—También lo puedo llevar yo.

—No, usted no... siempre que vaya yo con usted...

—Y... ¿por qué usted y yo no?

—Porque... porque yo soy más fuerte.

Hablando, hablando han llegado al pie de la casita. Se contemplan unos momentos, dichosos uno y otro de sentirse unidos mutuamente por una viva simpatía. De súbito Miguelita dice a Moore:

—¿No entra usted a saludar a mi padre?

Moore no se hace repetir la invitación, y al entrar en el hogar, los niños, al verle, experimentan como un temor, principalmente Terencio.

—Quiere robarnos a Miguelita — dice éste a sus hermanitos.

Una sola mirada ha bastado a Miguelita para comprender que su padre ha levantado el vuelo, y para no hablar con Moo-

la vajilla de la cena, que estuvo durante su ausencia bañada en agua caliente. re del feo vicio que tiene aquél, disimula su disgusto y se entrega a la limpieza de



—¿No entra usted a saludar a mi padre?

Moore la ayuda a secar las tazas y los cubiertos, pasando Miguelita unos momentos de dulzura incomparable.

Terencio, celoso, llama a sí al perro, que estaba durmiendo debajo de la mesa, soñando con la compañera desconocida...

—¡Róele los huesos a ese tío! — le ordena.

“Relámpago”, como siempre, se contenta con abrir la boca, sin moverse, y más tranquilo, Terencio se entrega al sueño.

Al terminar de lavar los platos, Miguelita no despide a Moore, sino que, discretamente, le da a entender que debe esperar a su padre.

Moore sale con ella al jardinillo, y como Miguelita, en la corta escalerilla, ha tropezado, él le ciñe el talle con un brazo, descendiéndola como un juguete.

—¿Quiere usted que nos alejemos un poco de aquí, para pasear juntos? — propone Moore al pie de la casita.

—No tengo inconveniente. Podemos ir a ver pasar los trenes.

Después de darse un paseíto, los dos jóvenes se sientan sobre una cerca, frente al paso de los trenes.

Miguelita, ansiando conocer la vida de Moore, se decide a preguntárselo.

un vagabundo?

—¿Sabe usted que sería curioso saber las causas que han influido para que usted sea



*...pasando Miguelita unos momentos de dulzura incomparable.*

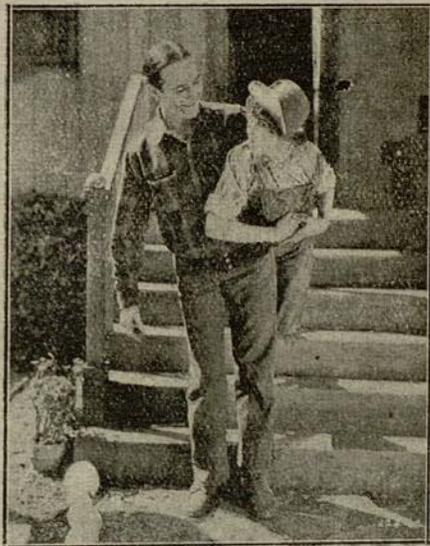
Un velo de tristeza empaña súbitamente los ojos de Moore.

—¿Le he afligido, Moore? — inquiera, temerosa de ello, Miguelita.

—No, no... Usted no es capaz de ello...

Pero ha de saber usted que tanto como vagabundo no lo he sido nunca.

—No se lo he dicho con intención de



*...le cibe el talle con un brazo, descendiéndola como un juguete.*

ofenderle, sino tan sólo por ver si podía saber por qué está usted sin trabajo de su oficio...

—Soy una de esas personas víctimas de la mala suerte...

—Cuénteme, Moore... Yo quisiera...

—Usted es buena, Miguelita, y puedo contárselo todo... Hace algunos años, trabajaba de telegrafista en esta misma Compañía de ustedes... En cierta ocasión estuve de guardia tres días con sus noches consecutivas, y previendo que, a pesar de mi buena voluntad, no iba a poder resistir más tiempo tamaña prueba de desvelo, pedí desde Robles del Llano, mi puesto, el relevo inmediato... Me contestaron que aguardase un poco más, que en seguida buscarían quien me relevase... Pero no mandaron a nadie; y, al fin, rendido de sueño, me dormí. Mi sueño fué breve, pero durante el mismo, me telegrafiaron de la estación central, sin que yo contestara. Mi silencio inquietaba a los jefes, pues a menos que el telegrafista de Vailsburgo alcanzara a avisar al expreso del Este, era inevitable el choque con el expreso del Oeste... Telegrafiaron al citado telegrafista... ¡pero el expreso en cuestión había pasado ya!

—¡Qué rabia!

—Yo seguía durmiendo, cuando el ruido del tren me devolvió a la realidad. De la estación central seguían telegrafándome. ¡Pero era demasiado tarde! ¡A pesar de salir de mi oficina para mandarle detener, no logré mi deseo!

—Y... ¿hubo el temido choque?

—¡Oh, sí! Aquello fué horroroso. Yo enfermé y estuve a dos pasos de la muerte por no haber podido humanamente evitar la catástrofe... Pero cuando me repuse, me echaron la culpa de todo y dieron conmigo en presidio.

—¡Qué injusticia!

—La acusación se mantuvo firme en que no debía dormirme estando de servicio, pero a buen seguro que el fiscal no era sincero, pues no es posible condenar a un hombre que no ha cerrado los ojos durante más de 60 horas, trabajando sin cesar sin abandonar un solo instante su puesto, y que, de repente, sin saber cómo, tal que si le dieran un narcótico, cae extenuado, con apariencia de muerto.

—¡Pobre Moore!

—Gracias, Miguelita, por la piedad que sale de su alma. Fué una injusticia, sí; pero el estigma que llevo es imborrable. He cumplido ya mi condena, pero sigo sufriendo, porque nadie quiere tener tratos con un ex presidiario. En muchos sitios me han rechazado sin consideración alguna.

Miguelita, para arrebatar a Moore a la tristeza, oculta su propia emoción, y le dice, sonriéndole:

—No hay que amilanarse, hombre; ya verá cómo al fin todo se arregla.

—¡Si todos fuesen como usted, Miguelita!

—Hay que saber ser fuerte, Moore. Imíteme a mí, que a todas las penas las ataco con risas.

La llegada de un tren, que se detiene en la estación, distrae la atención de los dos jóvenes.

En el marco de una ventanilla del coche restaurante ve Miguelita a una pareja que se mima con dulzura infinita. Moore, siguiendo las miradas de Miguelita, también la ve. Miguelita lanza un suspiro.

—¿Qué tiene usted, Miguelita?

—¿Ha visto usted a esos tórtolos?... Con seguridad que son recién casados y van a pasar la luna de miel cerca de las catara-



—No hay que amilanarse, hombre; ya verá cómo al fin todo se arregla.

tas del Niágara.

—Con seguridad... Pero ¿se ha fijado usted en esa otra pareja, cuya mujer ges-

ticula porque el marido no quiere dejar de leer el diario?

—Sí...

—Con seguridad que deben llevar muchos años de matrimonio.

—¡No sea usted antipático, Moore!

—¡Ah! ¿De modo que es usted partidaria del matrimonio?

—¡Vaya una pregunta! ¿Y usted?

—Tal vez... Según...

Se ha ido haciendo tarde. Miguelita, acordándose de que su padre está en la taberna, sepárase de Moore, con una esperanza en el corazón, y simulando que entra en su casita, va al encuentro de su viejo vicioso.

En efecto, el señor Matías y el capataz aprovechan la ocasión, a pesar de la hora avanzada, en el templo de Baco. Están a media vela.

—Verá usted, Miguelita... Su padre y yo...

—Sí... Son ustedes un par de besugos...

—Muchas gracias... Pero tenga usted en cuenta que tanto su padre como yo tenemos derecho a un poco de expansión.

—Conforme con lo de la expansión, pero es que ustedes han confundido eso con la dilatación, que no es lo mismo, y mi padre se perjudica.



—Verá usted, Miguelita... Su padre y yo...

—No lo creas, hija mía...

—¡Usted se calla!

—Calma, Miguelita, calma... serenidad...

—¡Basta de monserga! Yo me voy a casa, y si no llega usted dentro de cinco minutos, le aseguro que se va a acordar de este sábado, padre.

Miguelita márchase de la taberna, para no seguir discutiendo con Schmaltz, y espera en su casa el regreso del señor Matías. Pero dan las doce, da la una y siguen dando las horas, sin que el padre dé señales de vida.

Y es que de una vela han pasado a dos el sobrestante y el capataz, y de dos a cuatro, hasta convertirse uno y otro en goletas.

Al salir de la taberna, Schmaltz lo ha hecho en burro, pues se ha visto incapaz de salir por su propio pie.

Al llegar junto a un gasómetro, el señor Matías, que conduce el burro de su capataz, pregunta a un hombre que les cruza en el camino, la dirección que deben tomar para ir a la estación, pues se han desviado de la ruta.

El preguntado, para darles una broma, les responde, señalándoles el gasómetro:

—No tienen ustedes más que seguir arriaditos a la pared.

El resultado de la obediencia es desastroso, por cuanto no dejando nunca la pa-

red, van dando vueltas y más vueltas, puesto que dicha pared es redonda.

El amanecer sorprende reventados de tanta vuelta al señor Matías y al burro, y con la retaguardia dolorida e irritadísima a Schmaltz, que al ver a su amigo refrescarse los pies en un riachuelo, le replica le remoje la cruz de los pantalones...

La borrachera de ambos es de las que hacen época. Aun no han llegado a comprender por qué no están ya en la cama.

—Bueno; me parece que ya es hora de ir a dormir, ¿verdad, Schmaltz? Ya lo sabes. No tienes más que seguir ese camino.

Y fueron dando más vueltas, hasta que, en un momento de lucidez, vieron que la pared era una circunferencia.

—¡Compadre, qué brutos somos! Así podíamos seguir, dándole vueltecitas al juguete ese, hasta el Juicio Final.

—Ya me lo parecía a mí, sino que...

—Vamos, hombre, vamos. No te las des de inteligente. Pero a todo esto se nos ha echado encima el día. ¿Qué te parece si nos fuéramos a echar un trago de algo que nos quite el perfume?

—Mejor sería que hiciéramos gárgaras de Colgate's.

—Eso es bueno para las señoritas. Yo prefiero wiskey. ¿Vamos?

—Pero ¿y tú hija?

—Buena, gracias.

Y echaron a andar los dos borrachos hacia la taberna, que empezaba a verse concurrida por los mañaneros.

\*\*

Miguelita, enojadísima por la calaverada de su padre, que aun no ha regresado, busca un medio para, sin escándalo, hacerle volver, a fin de meterlo en la cama.

La llegada de una compañía de artistas de circo llama la atención de Miguelita, que, con sus hermanos, se acerca a ver los animales exóticos que llegan y que son numerosos.

Una sorpresa espera a Miguelita: conoce al director de esa compañía, el cual, recordándola de muchos años atrás, le profesa sincero cariño. También dicho director conoce a los otros tres hermanos.

—¡Hola, señor Barker! ¡Qué casualidad encontrarle en este pueblecito!

—¡Caramba, Miguelita, qué guapa te has puesto! ¿Y vosotros, Terencio, Soledad y Saúl, cómo os va?

Miguelita responde por todos.

—Vivimos bien, señor Barker, pero mi padre...

—¿Está enfermo?

—Peor que eso; todos los sábados nos hace lo mismo: le gusta el zumo de la uva, y lo peor es que se lo bebe...

—Si le gusta...

—Se lo bebe con exceso, hasta que ha perdido el mundo de vista, comprendidas las colonias. Crea usted que esto no es vivir.

—¿No habéis probado nada para combatirle ese vicio?

—Nada... He tenido miedo que pudiera perjudicarlo...

—Pues se me ocurre un medio, y lo pondremos en práctica. Ya verás como escarmentamos a tu padre de una vez para siempre.

—¡Dios lo quisiera!

El señor Barker y Miguelita hablan misteriosamente, admirada ella de lo que le oye decir al director de la compañía de circo.

Simultáneamente preséntanse a las oficinas de la estación unos sujetos que acaban de descender del tren en que ha llegado la compañía de circo.

—Nos han contratado para trabajar en la línea. ¿Dónde tenemos que presentarnos?

El empleado que los ha atendido detrás de una ventanilla, los manda a la primera brigada, no siéndole simpático ninguno de ellos... por su manera de hablarle y su insistencia en mirar hacia el interior de las oficinas... Pero como han sido contratados por las Oficinas Centrales...

Miguelita y el señor Barker han puesto a la práctica la idea de éste, cada cual por su lado.

Miguelita y los niños se acercan a la taberna, llevando aquélla una caja, de la que suelta dos gatos de Angora.

Estos animalitos se introducen en la taberna, y apenas en ella empiezan a hacer

de las suyas, para descongestionar su cuerpo, como cierta vez Sancho Panza a pocos pasos de Don Quijote.

Instantáneamente, el señor Matías y Schmaltz se tapan las narices, exclamando el primero:

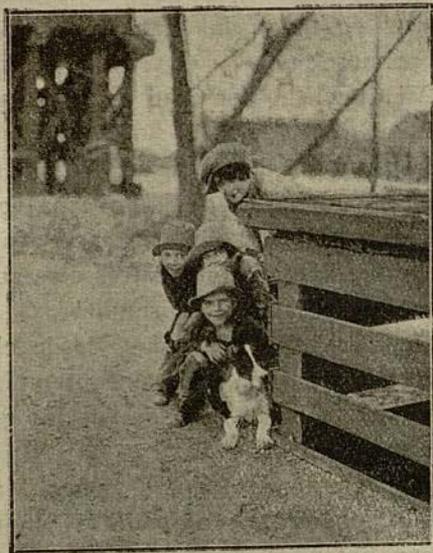
—¡Mi abuela! ¡Por aquí están guisando coles!

Y la treta da buen resultado, pues todos los concurrentes de la taberna se ven obligados a salir de ella para no “acordarse de lo que habían comido tres días atrás”. ¡Qué coles se estaban guisando!

Miguelita y sus hermanos, desde el observatorio preparado afuera, contemplan el éxito de su fechoría, riéndose de los gestos de los que van saliendo.

Pero, a pesar de todo, el señor Matías, que ha visto que los animalillos “indcentes” son gatos de Angora, ha cometido la estupidez de cogerlos, acariciarlos, y lo propio ha hecho Schmaltz, quedando sus vestidos apestados; y para no marearse con lo que no es esencia de ámbar, precisamente, llegan al extremo de quitarse las ropas exteriores...

Miguelita no acude para nada en auxilio de su padre, a fin de que la lección le sea provechosa.



*Miguelita y sus hermanos contemplan el éxito de su fechoría...*

Un poco después, el señor Matías y Schmaltz, que para ocultar su cuerpo en paños menores se han cubierto con sendos barriles sin tapa superior ni inferior, se dis-

ponen a volver a sus respectivos domicilios, dibujando pronunciadas eses por el camino.

El señor Barker, ayudando a Miguelita, ha pintado dos de sus elefantes con colores extravagantes, y los dos borrachos tienen ocasión de disputarse al ver a los paquidermos pintados de azul, el uno, y de rosa con rayas, el otro, dando la coincidencia de que el señor Matías ve al elefante de color de rosa con rayas, y Schmaltz el azul, asegurando uno y otro que no hay más elefante que el que ellos han visto.

—Te digo que es un elefante rosado con una camiseta rayada — asegura el señor Matías.

Schmaltz lo niega.

—En primer lugar, no es elefante sino elefanta; y además, es azul y no rosada.

El señor Matías vuelve a mirar hacia la cuadra de donde salen los paquidermos, por turno, bajo la dirección del señor Barker, y como ve, otra vez, que el elefante es rosado, pues el azul ha cedido su puesto al de color de rosa, no cede en su opinión contraria a su amigo.

—Lo de que es elefanta no lo discuto; pero de que es de color de rosa, estoy seguro.

Schmaltz mira a su vez hacia la cuadra, y como vuelve a aparecer, en lugar del elefante rosado, el azul, exclama:

—¡Bueno estás tú, confundir el color de una elefanta con el de un salmonete!

Pero luego salen los dos elefantes a la vez, y los dos borrachos, al ver el doble color, huyen llenos de espanto.

Por el camino ven a los artistas del circo montados sobre los animales exóticos, uno de ellos sobre un avestruz, y cada vez se asustan más, terminando por decir el señor Matías, que desespera de llegar sano y salvo a su hogar:

—¡No vuelvo a probar el aguardiente en mi vida! Esto de tener uno pesadillas estando despierto es espantoso.

La idea, como se ve, ha sido excelente; pero ¿sería cierto que el funesto vicio desaparecería del señor Matías y su amigo?

Miguelita, cuando llega su padre a su casa — lo cual ocurre a media mañana — lo mete en la cama para que duerma la mo-

na, y al día siguiente, encontrándole trabajando en el jardín con Moore, que le tiene mucho cariño a la casa desde la antevíspera, se complace, para “avergonzarlo” delante del obrero modelo, en recordarle el



—¡Eso son “calurnias”, Moore!

estado en que se encontraba el día anterior.

—Sí, señor. Todo el mundo está enterado que regresó a casa en calzoncillos y perseguido por elefantes de color de rosa y azul. ¿Le parece a usted bonito, padre?

—¡Eso son “calurnias”, Moore!

—Yo he oído decir algo de eso, pero...

—¿Lo ves, padre? Moore también está enterado.

—Pero de quien hablan peor es de Schmaltz, el que provocó la hilaridad de la gente.

—Sí, sí...

—A propósito de Schmaltz, Miguelita, debo marcharme en seguida, para reunirme con él. No sé qué trabajo tiene que darme.

Moore sale del jardín de la casita, acompañándole Miguelita hasta la puerta de la cerca. Se despiden. El señor Matías lo hace de Moore apoyado en la citada puerta, por la parte interior.

Miguelita y Moore se estrechan cariñosamente la mano, y el señor Matías, guiñándole el ojo a su obrero, le dice:

—Dígale a Schmaltz que luego iré a verle... y que procure en adelante no dar escándalos bebiendo demasiado, pues a lo mejor mi hija se cree que soy yo y hay revolución en casa.

Miguelita y Moore sonríen. Los dos están enterados de todo... Lo que desean uno

y otro es que los sábados sucesivos el señor Matías no vaya a la taberna...



*Miguelita y Moore sonríen. Los dos están enterados de todo.*

\*  
\*\*

Con rapidez vertiginosa pasa otra semana. Henos ya al otro sábado. El señor Matías no tendrá ocasión de ir a la taberna

porque ha de acompañar a Miguelita al baile que han organizado los obreros y la gente moza del pueblo.

Miguelita, cuyo vestido de diario es varonil, se muestra extraordinariamente dichosa porque va a transformarse en mujer. La esposa de uno de los obreros de más confianza del señor Matías se ha ofrecido a ayudarla a vestirse.

Terencio, Soledad y Saúl alumbran a su hermana para que se vista.

Miguelita, con emoción, ha sacado de un viejo baúl un primoroso vestido y un sombrero muy mono, al ponerse todo lo cual queda convertida en una doncella preciosísima. Hasta sus hermanitos la piropean, y sus elogios llegan al alma de la bondadosa "madrecita".

Moore la espera en el jardín de la casa, y el señor Matías, que piensa más en la taberna que en el baile, hállase junto a la cerca aguardándola también.

Al aparecer Miguelita, Moore, maravillado, acude a darle la mano; y el señor Matías, enormemente sorprendido, ve en su propia hija a su propia esposa.

Un momento de silencio. El sobrestante siente que su alma y su corazón se estremecen de emoción. El traje que lleva puesto Miguelita es el mismo que lucía su madre cuando se casó. ¡Oh, dulce recuerdo!



*...y sus elogios llegan al alma de la bondadosa "madrecita".*

Gruesas lágrimas resbalan por las mejillas del viejo.

—¿Qué es eso, padre? — dicele, al fin, Miguelita, comprendiendo, y abrazándole.

El señor Matías reacciona, y ofreciendo

jovialmente el brazo a su tesoro, exclama:

—¡Nada, chiquilla! ¡Vamos a la fiesta!  
¡Hoy es un gran día!

Miguelita se prende del brazo de su padre, y Moore, que no cesa de mirarla, no cabe en sí de gozo al prenderse ella, también, del que él le ha ofrecido.

La fiesta es simpática, como pueblerina. Las parejas bailan sin cesar. Miguelita y Moore aprovechan el tiempo sintiéndose cada vez más enamorados sin decirselo.

El señor Matías y Schmaltz tampoco se olvidan de gozar de la noche. Schmaltz, que es un perro en cuestión de olfatear la bebida, se encarga de proporcionar a su amigo un buen vaso de licor, y apenas lo ha ingerido de un sorbo, el señor Matías se lanza a la pista del baile con brío juvenil y con la primera pareja que le viene a tiro. ¡Los milagros que hace el vino!

Entrentanto, la banda de sujetos sospechosos que una semana atrás se habían presentado a Peñarroja para trabajar en la línea férrea, se prepara para un golpe audaz. El jefe de la misma acaba de recibir el siguiente telegrama:

**Ambrosio Short**

Mándole baúl en tren número diez. Llegará esa miércoles. Familia salúdalo. Pedro.

Pero lo que quiere decir ese parte es esto:

Tren número diez pasará Peñarroja mañana. Lleva valiosa correspondencia.

Uno de los de la citada banda se ha prendado de los encantos de Miguelita y sin preámbulo ninguno la separa de Moore, en la fiesta, para bailar con ella. Miguelita no ha osado negarse a bailar, pero Moore, presa de celos, no la pierde de vista y tiene ocasión, al terminar el baile, de ver como el desconocido se lleva a Miguelita, so pretexto de que le tiene que decir algo importante, afuera.

Moore, extrañado de la facilidad con que Miguelita ha seguido al desconocido, sale tras ellos, y al poco ve a su amada forcejear con aquél, que pretendía besarla.

Enérgicamente, Moore ha separado al hombre de la ofendida, dándole un puñetazo en la mandíbula izquierda que lo ha tumbado al suelo casi sin sentido.

Miguelita ha celebrado íntimamente la intervención de Moore, pero al ir a prenderse de su brazo, él se aparta de ella malhumorado, y diciéndole:

—Cuando termines con ese te llevaré a tu casa.

Luego, con paso decidido, Moore se encamina hacia la fiesta, siguiéndole desconcertada Miguelita.

El jefe de la banda ha presenciado la derrota de su compinche, y acercándosele, le recrimina por la inobservancia de las instrucciones que tiene recibidas.

—¿No se te ocurre nada mejor que querer echártelas de conquistador y meterte en líos. ¡Bonitos estamos para perder el tiempo en asuntos de faldas!

—¡He de vengarme!

—¡No hagas nada! Conténtate con lo que has recibido y procura que nadie te vea más, para que no sospechen. Ya sabes que mañana damos el golpe.

—Está bien. Pero si no fuera por eso...

Miguelita ha alcanzado a Moore, y procura reconciliarse; y aunque no sepa mucho, ella sabe que él se reconciliará.

—No habría bailado con él si hubiese sabido que te ibas a disgustar — le dice.

—No estoy disgustado, Miguelita; pero no puedo menos de sentirme celoso, porque...

—¿Por qué, Moore?

—¡Porque te quiero!

—¡Ah! ¿Y sabe usted si yo...?

—No sé, Miguelita, no sé...

—¡Pues sí, yo también te quiero!

De un salto, Miguelita se ha colgado al cuello de Moore y óyese un beso apasionado, un beso doble, desde luego...

El resto de la noche no puede ser más agradable para ellos; y a la hora de regresar a casa, el señor Matías, un tanto olvidado por Miguelita, que tiene otra preocupación con la que no está aún acostumbrada, se queda rezagado con Schmaltz, para hacer algunas visitas "de cumplido" al "buffet" donde se sirve "wiskey" del bueno...

Moore acompaña a Miguelita hasta el pie de su casita, y al separarse, suenan en la noche, como tintineo de campanillas de felicidad, estas palabras:

—Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti, Miguelita.

—Soy muy feliz, Hernando...

—Quiero que lo seas siempre, porque te



—Quiero que lo seas siempre, porque te lo mereces, mi bien.

lo mereces, mi bien. Fuí víctima de la mala suerte, pero sabré luchar, abrimme paso en el mundo.

—Sí, Hernando...

—Te querré mientras viva, Miguelita.

—Gracias... y yo te imitaré.

La carita de rosa de Miguelita se ha encendido de rubor. Una promesa surte, a veces, más efecto que un beso. Y entrando en su casita, después de volverse infinidad de veces para prodigar sus sonrisas a su amado, que se aleja lentamente, con el corazón lleno de esperanzas, grita sin consideración para los que duermen, que pronto se despiertan:

—¡ Me quiere! ¡¡ Me quiere!! ¡¡¡ Me quiere!!! ¡¡¡¡ ME QUIERE!!!!

Y suena, mezclado a su gran alegría, un nombre dulcísimo:

—¡ Sí, me quiere, madre mía!

.....

A la mañana siguiente, Miguelita empieza a enterarse de que en el amor no son todo dulzuras, sino que también hay amarguras.

De un tren que se ha detenido en Peñarroja se ha apeado, unos momentos, del vagón de cola, una mujer, a la que Moore

ha besado con muestras de gran contento e invitado a ello por ella.

Miguelita, bajo la influencia de los celos, va al encuentro de su novio apenas el tren en cuestión, al que ha vuelto a subir la desconocida, ha partido.

—Supongo que ella deberá ser hermana tuya — le dice.

—¡Ah! ¿Nos has visto? No es mi hermana, pero casi, casi. Somos del mismo pueblo y nos conocemos desde que éramos chiquillos.

—Ya, ya...

—Por cierto que no puedo olvidar los banquetes que me daba en su casa todos los domingos. ¡Tiene unas manos primorosas para guisar el pato!

El elogio dedicado a la desconocida no cae en saco roto para Miguelita, y ello fué causa de que "Pepe" corriese un riesgo cada vez más inminente de convertirse en víctima del amor.

¡Nada, que Miguelita está dispuesta a emular a la desconocida respecto a los banquetes a base de patos!

Y decidiéndose de una vez, esa misma

mañana, con la forzada aquiescencia de sus hermanitos, que no le podían negar nada, Miguelita se presenta a su padre con el pato.

—¿Para qué me traéis a "Pepe" en co-



—¿Para qué me traéis a "Pepe" en comisión? misión? — preguntales el señor Matías.

En pocas palabras, Miguelita entera a su padre de los deseos irresistibles que tiene de invitar a comer a Moore y de la necesidad de matar el pato, por ser el manjar de su devoción.

—Pero ¿no le podemos dar gato por liebre, muchacha?

—No, padre; ha de ser pato, y como no tenemos otro... Mátale, papá. Toma la escopeta. Ya está cargada. No tienes más que disparar. Yo no tengo valor para hacerlo.

—Bueno, pues, voy a matar a “Pepe”.

Los pequeñuelos están muy tristes. Miguelita también, pero se trata de proporcionar una alegría a su amor, y su buen deseo se sobrepone a su dolor.

Terencio, muy disgustado, no puede menos de decir, temiendo por la vida de “Relámpago”:

—Como nos descuidemos, el día menos pensado querrá ese tío comerse nuestro perro.

El ruido de una detonación enmudece a Terencio y sume a todos en el mayor desconsuelo. Al poco regresa el señor Matías con el pato desplumado, y Miguelita se encarga de preparar la regia comida, a la que Moore ha sido ya invitado.

A la hora del banquete, los niños, en la mesa, no quieren comer nada; y de la

única manera que el señor Matías consigue abrirles el apetito, a la fuerza, se entiende, es mostrándoles una botella repleta de aceite de ricino. Ante la amenaza de una purga tan poco agradable, los chiquillos aceptan su ración de pato... pero lloran pensando en lo muy gracioso que era el animalito en vida... Si se lo comían, era indudable que les haría daño.

Miguelita se esfuerza en disculpar delante de Moore a los pequeños, pues comprende el sacrificio que ellos han hecho por ella renunciando a su buen amigo “Pepe”; y el señor Matías, generoso y comprensivo, hace cesar las lágrimas y los suspiros, diciéndoles a todos triunfalmente:

—¡Pues vaya una broma! ¡No quiero ver caras tristes! ¡Ea, a comer y a alegrarse, que este cadáver todavía insepulto no es el de “Pepe” ni mucho menos!

“Pepe”, vive, en efecto.

—Mirad hacia allí — continúa el señor Matías.

Los muchachos obedecen y ven a “Pepe” paseándose tranquilamente.

Un grito de júbilo parte del pecho de

los buenos niños, y hay que verles comerse la ración individual del que no es "Pepe"

El señor Matías se había procurado ese pato en la cocina del coche restaurante de uno de los trenes que se habían detenido en Peñarroja.

Poco después de comer, el señor Matías recibe la visita de Tomás Campbell, el ingeniero de la línea, que desciende de un tren de servicio unos minutos.

Al ver a Moore, que está con el señor Matías, el citado ingeniero, extrañado, lanza una orden inapelable:

—¡Aquí no queremos ex presidiarios! Ese hombre no puede trabajar en esta Compañía ni en ninguna otra; tiene muy mala reputación.

El señor Matías, sorprendido por la dureza con que se expresa el ingeniero hablando de Moore, se atreve a interceder por él.

—El muchacho me explicó todo lo que había ocurrido, y francamente, yo creo que...

Moore sabe que Campbell es inconmo-

vible, que le tiene rencor porque él, al ser acusado, le acusó a él de no haberle mandado el relevo que necesitaba, recriminándole duramente por su punible desconsideración abandonando a un hombre durante tres días a los peligros del cansancio y del sueño; y al tiempo que agradece al señor Matías por su bondad, le hace desistir de seguir defendiéndole:

—Deje usted, señor Matías, deje usted; no es la primera vez que me sucede esto.

Y un poco después, ausente Campbell de Peñarroja, pues ha continuado el viaje de inspección, Moore va a despedirse de Miguelita.

Esta, al verle con su hatillo a cuestas, supone que su padre le ha mandado a trabajar en la línea.

—No es eso, Miguelita... Campbell me reconoció y me ha echado a la calle.

—¿A la calle?

—Sí.

—¡Esto no puede ser! ¡No puede ser!

El señor Matías se ha reunido con ellos en este momento.

—¿Verdad que no puede ser, padre? —  
dícele Miguelita.

—Ese Campbell no atiende a razones ni  
a súplicas, y yo nada puedo hacer, hija mía.  
Me veo obligado a despedirle, Moore.



—...Me veo obligado a despedirle, Moore.

Miguelita está muy triste. Se resiste a  
creer que sea verdad que Moore parte.

Durante unos segundos reina absoluto  
silencio. Se oye el latir de los corazones.

Moore, de pronto, lo interrumpe, diri-  
giéndose al señor Matías, a quien pregunta:

—Usted no se opondrá a que Miguelita  
y yo sigamos siendo novios, ¿verdad?

El señor Matías abre unos ojos como  
melones. ¡¡Novios!! ¡¡Eran novios y él no  
sabía nada!!

Miguelita golpea a su padre para que  
salga de su mutismo y conteste a Moore.

—¿Sois novios? — interroga, pasmado,  
el viejo.

—¡Pues claro, padre! — responde Migue-  
lita llorando—. ¿Qué se creía usted que éra-  
mos?

—Yo... yo... Mira, Moore, te tuteo por-  
que te aprecio y si te aprecio es porque  
eres bueno, y como eres bueno, acepto que  
seas novio de mi Miguelita.

El viejo se ha emocionado, y separándo-  
se de los jóvenes, entra en la casa, abre un  
cajón donde guarda sus documentos y re-  
cuerdos, saca una fotografía, la contempla,  
y murmura:

—¡Inspírame tú lo que he de hacer, Nora  
de mi alma!

Moore y Miguelita se han alejado un  
poco de la casita, para darse otro beso de  
despedida, deseando volver a verse pronto.

El le hace protestas de su amor fiel.

—Yo procuraré abrirme camino, Miguelita; y en cuanto cuente con algo seguro, vendré por ti y nos casaremos.

El señor Matías los alcanza apresuradamente, llegando junto a ellos en el momento en que se separaban definitivamente.

Jadeante, pero sin querer reposar, el buen viejo dice a Moore, tendiéndole una cartera:

—Cuando yo me casé, no contaba más que con trescientos pesos y nunca ha faltado en mi casa el pan. Aquí tienes quinientos, y que Dios os haga felices a ti y a Miguelita.

Miguelita, loca de contento, se abraza a su padre, cubriéndolo de caricias.

Pero Moore rechaza la generosa oferta.

—No, de ningún modo; he de triunfar yo solo de la mala suerte que me persigue.

Miguelita no se muestra conforme con ello, pero a pesar de sus protestas, hijas de su gran amor hacia Moore, éste insiste en rechazar el dinero, prefiriendo esperar a que la suerte le sea menos desfavorable en lo sucesivo.

Y Moore se marcha silenciosamente, con fe en triunfar, para volver a recoger el premio a que aspira sobre todas las cosas.

\*  
\*\*

Apenas Moore se ha marchado, la banda que se hallaba en Peñarroja para dar un golpe seguro, ha estado esperando al expreso portador de valiosa correspondencia, y al parecer va a salir airosa de su empresa.

Miguelita, casualmente, ha descubierto algo anormal, y al ver sacos y cajas de valores, comprende la fechoría de los ladrones y se dispone a mandar aviso telegráfico a la primera estación, entrando en su casa y encerrándose en ella con sus hermanos.

Los malhechores han visto que han sido descubiertos por Miguelita, y como no pueden entrar en la casita, se deciden a desatascar el furgón en que se halla la casita, después de asegurar el cierre de la puerta, por fuera, por medio de un candado, para lanzando el vagón por la pendiente e im-

posibilitando a Miguelita la salida, poder terminar su mala acción y ponerse en salvo sin obstáculos.

Al ponerse en marcha el vagón, cuyos frenos han sido rotos, los hilos de la telegrafía han sido cortados, y sólo ha podido Miguelita comunicar a la próxima estación que unos ladrones han asaltado el correo, llevándose todo, huyendo en automóvil.

Con presteza, el telegrafista de la próxima estación comunicase con el aeródromo de la marina, dando al oficial de guardia la siguiente noticia, para que proceda en consecuencia:

—Una cuadrilla de ladrones ha asaltado el tren correo en las cercanías de Peñarroja. Manden aeroplanos a perseguirlos.

Inmediatamente unos cuantos aparatos se aprestan a acudir al sitio donde se ha cometido el importante robo, para, desde los aires, descubrir el automóvil en que huyen los malhechores.

Por su parte, el señor Matías y Schmaltz, al ver el vagón de la casita del primero deslizarse por la pendiente, y a Miguelita y los tres niños en el tejado pidiendo so-

corro ante la imposibilidad de hacer funcionar los frenos del coche, se han lanzado a la persecución, de éste, por la vía paralela, con una locomotora con grúa, y Moore, que ha visto a Miguelita en peligro, se ha unido a los que pretenden salvarla con sus hermanitos.

La empresa es difícil. Moore, desde la grúa, cuyo brazo se dirige hacia el vagón sin rumbo ni dirección, procura llegar hasta donde están, tendiéndole sus manos, Miguelita y los pequeños; y lo logra, tras grandes esfuerzos pocos momentos antes de que el furgón, al desviarse, caiga en un abismo, y de que el tren ascendente pase por la misma vía en que iba aquél.

Campbell, que viaja de regreso, en el tren en cuestión, se informa de lo ocurrido, al tiempo que los ladrones son capturados por los aviadores, que los han obligado a detenerse arrojándoles una bomba de aviso.

El señor Matías, ufano, presenta a Moore como un héroe.

—Si la Compañía tuviese muchos empleados como este muchacho al que usted echó a la calle, todo marcharía mucho me-

jor, porque en él hay energía, corazón y buen cerebro.

Campbell no puede menos de rendirse a la evidencia, pero lo hace con su habitual desdén para Moore.

—Vamos — le dice —, volveré a darle a usted el empleo que tenía antes; pero conste que es más por lástima que porque lo merezca.

Moore no puede tolerar la ultrajante conmiseración del único culpable de lo que ocurrió años atrás, y cegado por la indignación, descarga su puño de hierro en el rostro del villano, que se desploma al suelo doliéndose de la parte atacada.

El señor Matías, íntimamente encantado, disimula y le dice a Moore, guiñándole el ojo discretamente:

—¡Eso es mucho atrevimiento! ¿Cómo se te ocurre faltar así al respeto a don Tomás?

Campbell se retira cabizbajo hacia su tren, para refrescarse el rostro herido, y Moore despídese de Miguelita nuevamente, a presencia de sus hermanitos, Schmaltz y

el señor Matías, todos ellos muy apesadados.

Luego, el señor Matías, mientras Moore se aleja sobre la cubierta de uno de los vagones del tren en que ha llegado el señor



...Moore despídese de Miguelita nuevamente...

Campbell, se entrevista con éste, que se ha quedado en tierra, súbitamente interesado por los trabajos que allí se ejecutaban... y le habla del "ex presidiario" inocente.

En tanto, Miguelita, que no puede re-

nunciar a Moore, ha subido en el mismo tren en que él viaja hacia lejanos lugares, y le sorprende sentándose a su lado sobre la cubierta del vagón.

—¿Qué haces aquí, Miguelita? — preguntale lleno de asombro, Moore.

—Tanto derecho tengo yo como tú a estar aquí — responde Miguelita con naturalidad.

—Pero ¿no comprendes?...

—Yo voy contigo adonde sea, Moore. No puedo dejarte marchar. Quiero ayudarte a vencer, porque temo que tú solo no podrás.

Campbell, que ha dejado hablar a sus anchas al señor Matías, acaba por reconocer que Moore es un excelente muchacho, y como la voz de su conciencia le hace recordar la injusticia que se cometió con el inocente muchacho algunos años atrás, olvida su rencor... y el puñetazo, y acepta que el buen viejo lo llame.

Y he aquí que, en la próxima estación de parada del tren, el telegrafista hace entregar a Moore y a Miguelita sendos telegramas, concebidos como sigue:

Miguelita

Tren 107

Ven a casa con tu novio a fin de que crebréis la recompensa por haber ayudado a salvar el correo y os caséis como Dios manda.

Tu padre.

Hernando Moore

Tren 107

Necesito un buen ayudante. Venga usted en seguida y será suyo el puesto que ha sabido ganar por su propio esfuerzo.

Campbell  
Ingeniero-Jefe

Miguelita y Moore se miran y en un mismo impulso se estrechan efusivamente en sus brazos, repiqueteando ya, por sugestión, las campanas que anunciarían en breve su boda...

FIN

Revisado por la censura gubernativa  
Prohibida la reproducción.

## PRÓXIMO NÚMERO

La interesante novela

# La Mejor Venganza

Por Thomas Meighan y Lila Lee.

**PROGRAMA AJURIA**

32 páginas - Numerosas fotografías

Precio: 25 CÉNTIMOS

Postal-fotografía regalo: JACK MULHALL

"La Novela Semanal Cinematográfica" sale todos los miércoles

Ultimo número publicado en

## *Los Grandes Films*

de La Novela Semanal Cinematográfica

## **POR LA PATRIA**

Por Yelta Goudal y Clire Brook

¡GRAN ÉXITO! Próximo número que se pondrá a la  
venta el martes

## **AMOR DE PADRE**

Por Lon Chaney, Norma Shearer, etc.

¡ACONTECIMIENTO!

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

¡Sea usted coleccionista de LOS GRANDES FILMS!